

BENITO JUÁREZ, LOS LIBERALES Y SU PARTICIPACIÓN EN LA REPÚBLICA ERRANTE, 1863-1867

Rubén Ruiz Guerra*

Al hablar de la República errante, nos referimos a un momento crucial de nuestra historia. Un momento en el cual los mexicanos lucharon por mantener la soberanía, las instituciones, la independencia misma, la autonomía, la autodeterminación de la nación. Ello guiados por el gobierno de Benito Juárez.

¿Por qué decimos que es crucial ese momento? ¿Por qué llamo a estos años, que van de 1863 a 1867, fundamentales de nuestra historia? Una primera respuesta, sencilla pero esclarecedora es: por nuestra institucionalidad y los valores que le dan sustento. La idea de nación mexicana tal como la conocemos hoy estuvo a punto de ser destruida. Ello no sucedió a pesar de todos los retos que debió enfrentar y de la tremenda lucha que libró. Ese fue el momento del triunfo de la República. Esta República errante, fue un instrumento fundamental para alcanzar ese logro.

Pero: ¿de qué hablamos cuando hablamos de la República errante? Usualmente hablamos de esa migración interna del gobierno encabezado por Benito Juárez que lo llevó desde la

* Licenciado en historia por la ENEP Acatlán, UNAM, y maestro en historia de América por el Instituto Mora.

capital del país, desde la Ciudad de México hasta el Paso del Norte. Un lugar recóndito, árido, con pocos habitantes y escaso movimiento económico. Era una población muy pequeña que apenas estaba en proceso de construcción o de una identidad y de una prosperidad local. La itinerancia, el moverse del gobierno constitucional más de dos mil kilómetros para estabilizarse, fue un paso complicado. Muchas cosas pasaron en esos años, poco más de cuatro años entre el 31 de mayo de 1863, cuando el gobierno constitucional, el único legal y legítimamente establecido en México, deja la capital del país y parte hacia San Luis Potosí, hasta el 15 de julio de 1867, cuando se hizo la entrada triunfal del gobierno en la Ciudad de México.

Hablamos de 49 meses y medio. Se podría pensar que cuatro años no representan mucho tiempo en la vida de una nación. Pero hablar de la República errante es hablar no sólo de un tiempo, es hablar de un periodo en el cual un grupo de seres humanos asumió como propia y como esencial la tarea de la defensa de una idea de nación, de una institucionalidad nacional.

Estamos hablando, entonces, de que la República errante también significa un enorme esfuerzo de seres humanos, de seres como nosotros, pero que asumieron una demanda histórica en su momento, de su lugar, de su sociedad. Cargaron sobre sus espaldas la idea de la defensa de una institucionalidad republicana y la llevaron a cuestras por más de dos mil kilómetros a lo largo del territorio nacional. Un territorio que no es nada fácil, pues en su mayor parte es un territorio árido y seco; un territorio que es muy agresivo hacia una gran cantidad de seres vivos, entre ellos los humanos. En suma, es un momento de nuestra historia que implica también un enorme esfuerzo de aquellos que lo vivieron.

El solo traslado, en vehículos lentos e incómodos, por caminos infames, con pocos recursos que hiciera el viaje algo más amable, en etapas cortas, paso a paso y momento a momento, ofreció a quienes lo hicieron una oportunidad sin igual: la construcción de relaciones entre ellos y con sus aliados, así

como con la población de los lugares por donde fueron pasando. Experiencia que tuvo lugar muchísimo antes de que las campañas presidenciales permitieran conocer las particularidades del territorio nacional. Esta etapa es también el mecanismo de transformación de aquellos que vivieron esta experiencia. Sebastián Lerdo de Tejada recordaría años después cómo se relacionarían el poder nacional, el poder de la República y los distintos poderes locales. Relación en muchos casos ambivalente.

También, al hablar de República errante se habla de una visión de futuro. Aquellos que emprendieron este traslado hacia el interior del país no lo hicieron pensando en salvar sus vidas, ni pensando en huir de un enemigo, que podría considerarse como sumamente poderoso. Por el contrario lo hicieron como una estrategia en aras de la construcción de algo mejor, en aras de salvaguardar algo que era mucho más grande que cualquiera de los que estaban ahí o de todo el conjunto de ellos. Lo hicieron con una visión del futuro, teniendo en mente lo que querían, lo que creían debía ser su nación, su patria. Lo que creían que era indispensable construir para ellos, para sus familias, para sus hijos y para el resto de sus semejantes. Era una manera de defender algo sumamente valioso que trascendía su vida personal y la vida de los suyos. Justamente del enorme esfuerzo invertido en esta misión. La fe depositada en esa tarea, vista como algo que era indispensable de hacer, ha convertido a la República errante en un símbolo que se debe tener siempre presente.

En la base de esa empresa existían dos deberes fundamentales: uno era la defensa de la soberanía nacional; la segunda era la defensa de la legalidad y de la institucionalidad establecida en la Constitución. Se trataba de defender de todas las maneras posibles, con todas las fuerzas, sin descanso, la soberanía, la legalidad y la institucionalidad. Por eso es que esta República errante se convierte en un símbolo.

Es sintomático que aquellas poblaciones por las que pasó la caravana de la República errante, por donde pasaron don Be-

nito Juárez, su gabinete, aquellos más cercanos que le rodeaban y los representantes de los distintos poderes de la Unión, todavía mantienen la memoria de ese paso, de lo que hicieron, decidieron y pensaron. Cosas que fueron importantes para la localidad, pero sobre todo que tuvieron un sentido en la construcción de una nacionalidad.

Con estos elementos se puede llegar a una primera conclusión: hay historiadores que hablan de que la Reforma es el tiempo eje en la historia mexicana. En ese contexto, se podría aventurar la idea de que la República errante es el elemento crucial de ese tiempo eje. Si esa errancia hubiera terminado de modo diferente al que terminó, si las cosas no hubieran salido como salieron, la Reforma no hubiera subsistido. Tal vez se hubiese podido construir de manera diferente, pero no en la forma en que resultó, no en la forma en que lo recordamos y en que lo valoramos.

Ese momento crucial de nuestra historia se ha hecho encarnar en una persona, en Benito Juárez. Fue él quien, aun en los momentos más difíciles, tuvo la determinación, la visión de futuro, la fe y la constancia sobre lo que había que hacer. A pesar de que vivió momentos muy difíciles tanto en lo institucional como en lo personal (por ejemplo una larga separación de su esposa Margarita y la muerte de dos de sus hijos, entre ellos Pepe, el más querido de todos). Sin embargo encabezó un esfuerzo de salvaguarda de la institucionalidad nacional. Con él otros lo acompañaron enfrentando la lucha. Otros que en algún momento estuvieron con él y después se opusieron por distintas razones, algunas mezquinas, otras no tanto. Entendiendo el contexto de este momento sumamente difícil que él vivió junto con una enorme cantidad de mexicanos.

II

¿Cuál es la causa de que la República haya tenido que salir de la capital y haya tenido que buscar refugio en el norte del país?

La Intervención Francesa, esa que dio vida al llamado Imperio de Maximiliano. El intento de construir un gobierno alterno en México, aunque con endeble bases nacionales (no hubo mexicanos dispuestos a sostenerlo económicamente, por ejemplo), fue labor de un emperador francés para reposicionar su trono en términos geopolíticos y, de paso, hacer un gran negocio. Napoleón III trataba de detener el crecimiento de un país que no le era simpático. Además, buscaba espacios de negocios para sus financieros, para su armada y para sus negociantes en distintas partes del mundo.

Momento estelar fue la Batalla de Puebla del 5 de mayo de 1862, que todavía se recuerda. Lamentablemente ese fue sólo un episodio inicial de la lucha. Casi un año después, la misma ciudad de Puebla cayó después de un sitio feroz de 62 días. Esta caída de Puebla, después de una heroica defensa, marcó el inicio de varios procesos. Primero la destrucción del llamado Ejército de Oriente, ese ejército que había encabezado Ignacio Zaragoza. Pero no sólo fue la destrucción del único ejército que en esos momentos el gobierno republicano tenía, significó también la captura de más de 300 oficiales de medio y de alto rango. Oficiales a quienes los franceses, o los obligaban a renunciar a seguir luchando en la defensa de su patria o los desterraban llevándolos a Francia. Algunos de ellos tuvieron la fortuna o la capacidad de escapar, entre ellos Jesús González Ortega y Porfirio Díaz, pero hubo quienes llegaron a Francia sin nada y tuvieron que vivir con las migajas que les daban para sobrevivir o, en momentos, con lo que el gobierno republicano pudo reunir para poder mantener a aquellos que habían defendido la institucionalidad republicana.

La caída de Puebla significó que era inminente la caída de la Ciudad de México. Por eso no extraña que si Puebla cayó el 17 de mayo de 1863, dos semanas después, el día 31, el gobierno republicano saliera de la capital. En ese momento, el avance del Ejército francés hacia la capital parecía, tal vez lo era, imparable. Hay una razón que nos ayuda a entender por

qué un gobierno nacionalista, un gobierno comprometido con el mandato que le ha dado la sociedad mexicana decide dejar la capital y buscar otros espacios para asentarse. Las razones se exponen en una misiva que el gobernador y comandante de San Luis Potosí le envía al presidente Juárez. En ella le invita a que se traslade hacia esa ciudad. Estratégicamente está muy bien ubicada pues es un espacio que puede vincularse tanto en el centro como en el norte del país. Una de las razones allí expuestas es:

si desgraciadamente llegara a perderse usted, la falta de usted sería irreparable y por consecuencia inevitable traería la disolución de los Estados Confederados. Se perdería el centro y concluiríamos así con la nacionalidad.

La caída del gobierno constitucional hubiera representado en ese momento la pérdida del proyecto nacional que se había establecido con la Constitución de 1857 y que el partido liberal había venido construyendo desde la Guerra de Reforma. Al caer ese gobierno ya no habría más unidad para defender al país. Los intereses de los diferentes liderazgos locales no necesariamente caminaban al unísono con la defensa de la institucionalidad republicana. Había quien tenía una visión amplia, había quienes tenían una visión de mediano alcance pero también había muchísimos intereses pequeños, intereses personales, cortos, que generaban una situación que no era favorable para una defensa clara de la institucionalidad. Justamente así se determinará uno de los papeles fundamentales que jugará el gobierno de Juárez. La defensa de la institucionalidad que se pondrá por encima de los intereses, de las prácticas, de las contiendas entre los distintos núcleos locales que conformaban la República y que se fortalecían de la institucionalidad liberal.

Si esta fue la causa, ¿cuál fue el impulso que llevó a estos liberales y a este gobierno a andar de un lado a otro a lo largo de más de dos mil kilómetros? José María Iglesias, uno de los personajes más cercanos a Juárez en esta etapa, un miembro

muy importante de su núcleo y que hizo su vida de la Constitución y de la defensa de la legalidad en el país, argumentó en su *Revista Histórica*, uno de los testimonios coetáneos más importantes y más interesantes que tenemos acerca de la itinerancia republicana, que había dos elementos que explicaban que el jefe del Ejecutivo nacional y aquellos que estaban a su alrededor emprendieran ese caminar: “Hay una enorme fe acerca de lo que van a conseguir, una firme confianza en que lo que se va a conseguir es lo que debe ser y es lo mejor para el país. Además la abnegación, es decir: confianza en que lo que se está haciendo está bien hecho y el negarse a sí mismos para entregarse a una causa”.

Iglesias escribió esto en momentos en que se iniciaba la migración. Ya en San Luis Potosí insistía: “la fe y la abnegación les llevará a cualquier parte del territorio nacional que sea necesario ir”. No había una idea fija del punto de arribo, por eso era una República errante, a donde se llegue se llegará, pues la dinámica de las cosas es la que los llevaba. En ese sentido, Iglesias escribe:

En Chihuahua, como en Monterrey, como en Saltillo, como en San Luis Potosí, como en México, nuestro gobierno trabajará sin descanso en acumular elementos para la defensa del país. El impulso de la fe, la abnegación y el deseo de construir algo que debe ser bueno para el país... por supuesto, que regresaremos a la capital, a la antigua capital del país, que en ese momento está cautiva por los franceses.

Y ¿qué es lo que habrían de hacer? Luchar, organizarse y llevar consigo la causa de la independencia de México y de sus instituciones republicanas. Ese es el impulso. No se trataba de una ganancia pequeña ni de una ganancia mezquina para unos cuantos, se trataba de la construcción de una nación. Se trataba de salvaguardar instituciones y valores que la sostienen y que todavía hoy los consideramos fundamentales, que todavía defendemos, que todavía consideramos preciosos para nuestro

país. Aún aquellos que con las armas combatieron el establecimiento de esta República y su prevalencia sobre otros proyectos nacionales, o que incluso en la actualidad se rigen por otros valores, hacen uso de los principios y mecanismos institucionales establecidos por este proyecto nacional republicano.

Nuestra segunda conclusión es que, para los liberales que lo hicieron, emprender ese camino, salir de la Ciudad de México e ir hacia el norte, fue algo más que una tarea egoísta o pragmática. Se trataba de la defensa de un ideal y de una institucionalidad que se pensaba esencial de la patria. Quienes lo protagonizaron estaban absolutamente convencidos de que el proyecto nacional que defendían era el proyecto que respondía de mejor manera a las necesidades y las circunstancias de aquellos que se identificaban a sí mismos como mexicanos.

III

¿Quiénes acompañaban a Benito Juárez en este periplo? ¿Quiénes estaban con él en esos momentos? Al inicio del éxodo, salieron de la Ciudad de México todos los representantes de la institucionalidad constitucional. Marcharon entonces todos los titulares de los poderes de la Unión. No sólo Benito Juárez con unos cuantos compañeros del Poder Ejecutivo. Por supuesto que ellos son parte importante de este movimiento. Conforman esa comitiva muchos prohombres de nuestra historia, pero también muchos a quienes la historia ha olvidado o relegado a un segundo plano en los libros de texto. Algunos de ellos, personalidades que habían acompañado a don Benito desde la Guerra de Reforma. Por ejemplo Juan Antonio de la Fuente, personaje central en el gabinete liberal refugiado en Veracruz durante la guerra de los tres años. Jesús Terán, quien después tendría un papel muy importante en la representación del país en Europa. Y José Higinio Núñez, a quien ya hemos olvidado pero que tuvo un papel importante en la construcción de la Hacienda Nacional.

Recordamos que para funcionar mejor, el sistema republicano se divide en tres distintas ramas: el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial. También una parte importante del Congreso acompañó a Juárez al iniciar este periplo. En este primer momento, Ponciano Arriaga como presidente del Congreso formó parte del grupo. La Suprema Corte de Justicia haría lo propio. Manuel Ruiz, José Arteaga y Jesús Gómez Portugal fueron los magistrados que dejaron la capital. En ese momento el presidente de la Suprema Corte de Justicia, Jesús González Ortega, había caído cautivo peleando contra los franceses. Aún no lograba escapar y cuando lo logró se integró en primera instancia al grupo encabezado por Benito Juárez. Al poco tiempo, decidiría dejar sus altas funciones judiciales para combatir la intervención con las armas e ir a sitiar Zacatecas. También se integrarían a este núcleo que representa al poder público nacional varios personajes muy importantes. Varios de ellos que han pasado a nuestra historia en el cumplimiento de diversos papeles dentro de la estructura del gobierno. Por ejemplo Francisco Zarco, Manuel María Zamacona y Guillermo Prieto. Por cierto, los últimos dos tendrían, en un momento determinado, diferencias muy fuertes con Juárez y tomarían caminos propios.

Para entender por qué se tomó la ruta hacia el norte, es importante considerar que a lo largo y ancho del país, particularmente en esa zona, existía una enorme cantidad de liderazgos locales y regionales que de alguna manera, al menos en principio, ofrecieron apoyo al gobierno de la República. Mencione-mos sólo algunos nombres, a manera de ejemplo, que además resultan muy interesantes. Particularmente Manuel Vidaurri, José López Uruga y Manuel Doblado tuvieron un papel muy importante en términos de manejo de fuerzas armadas, aunque finalmente marcarían su distancia con don Benito. Algunos de ellos, tristemente, se incorporarían a las fuerzas del llamado Imperio. Estamos pensando en Vidaurri y López Uruga.

Nuestra tercera conclusión es: hacer un gobierno errante era una forma de salvaguardar la institucionalidad de la Repú-

blica y el principio que rige la idea republicana. Se trataba de cuidar a la República. Ahora bien, la itinerancia no fue una reacción unipersonal ni de respuesta rápida. El Congreso dio a Juárez poderes extraordinarios para conducir el esfuerzo bélico y la administración. Esto fue lo que permitió el cambio de la capital. San Luis Potosí fue constituida como capital del país, en tanto la “capital original” estaba ocupada.

IV

Un esfuerzo de esta naturaleza, por supuesto, implicó problemas. Se debe tener muy claro que el ejercicio del poder “gasta” a quienes lo detentan y se “gasta” a sí mismo. El poder se tiene cuando se reconoce a alguien que lo tiene, si no es así, no se le tiene. Durante la República errante una parte muy importante del trabajo del gobierno encabezado por Juárez tuvo que ver con lograr que los distintos factores del poder a lo ancho y largo del país estuvieran dispuestos a reconocer una institucionalidad, una legalidad, y a obedecer las instrucciones que se les daban.

Uno de los primeros momentos de enorme tensión, durante el gobierno encabezado por Juárez, fue con el que tal vez, en este momento, era el hombre más poderoso del norte del país, Santiago Vidaurri. Su poder era tal que él, por su sola voluntad, unió los estados de Nuevo León y de Coahuila. Su fuerza era tal que cuando el gobierno general le solicitó que cumpliera algo que estaba establecido desde hacía mucho, entregar el producto de las aduanas existentes en su territorio, él simplemente se rehusó a hacerlo. Ante esta negativa, el ministro de Hacienda, José María Iglesias, le reclama su actitud. Finalmente, Juárez lanzó una pregunta terminante: ¿obedecerá o no? La respuesta de Vidaurri es no obedecer, lo que generará la ruptura, que primero llevará al cacique norteco más al norte del país y finalmente le llevará a colaborar con el llamado Imperio.

Como éste, existieron muchos problemas. A decir de Jorge Tamayo, uno de los grandes conocedores de la persona, del gobierno y de la época de Benito Juárez, ya desde San Luis Potosí había un descontento de los caciques locales frente al gobierno nacional: “Se le reclamaba que no tenía capacidad de reorganizar la administración pública, se le reclamaba que no tenía la capacidad para reforzar las fuerzas militares y que no tenía la capacidad para obtener los fondos para luchar enérgicamente contra el invasor”.

Detrás de estos señalamientos se encuentran tres tareas que debía cumplir este gobierno: organizar la administración pública, organizar las fuerzas militares y obtener fondos para luchar enérgicamente contra el invasor. Ahora bien, estos reclamos surgieron desde el mismo bando liberal. Los hacían los mismos grupos que en un momento u otro habían sostenido la República. Esto sólo es un reflejo de las divergencias internas. Tensiones que se expresarían en asuntos concretos y que generarían presiones que provenían tanto de San Luis Potosí, como desde Nuevo León, Coahuila y Durango. Destaca en este sentido la crisis proveniente de la región de Guanajuato, cuando Manuel Doblado presionaba para un cambio en el gabinete.

La documentación que recoge Tamayo revela claramente cómo Juárez tiene que negociar con Manuel Doblado acerca de cómo se puede conformar un nuevo gabinete presidencial. No se trataba de que el gabinete fuera el resultado de la voluntad, del capricho o de la arbitrariedad de don Benito, sino de la manera en que éste responde a un factor de poder sumamente importante: Manuel Doblado respaldado por la enorme influencia que tiene en Guanajuato y sobre las fuerzas a su mando, que le hacen un factor de singular importancia para sostener al gobierno de la República.

En un momento de crisis en que el país está invadido por extranjeros, cuando también hay mexicanos que luchan con las armas en contra de la institucionalidad establecida ya hacía algunos años, Juárez tiene que negociar la manera de definir su

nuevo gabinete. El resultado será que éste quede conformado por Sebastián Lerdo de Tejada, José María Iglesias, José Núñez e Ignacio Comonfort, quien moriría algunos meses después. Núñez renunció, pero Lerdo de Tejada y José María Iglesias fueron parte de ese núcleo que algunos han llamado de “los inmaculados”, que acompañaran a Juárez y que permanecerían con él en el Paso del Norte, defendiendo la institucionalidad republicana. Vemos aquí un gran problema, un tema político, que el gobierno debe resolver continuamente. No fue esa la única vez que se presentó este tipo de crisis. Éstas aparecieron reiteradamente frente a las iniciativas y a los reclamos de las distintas instancias del poder local.

Las dificultades aflorarían rápidamente. A partir del mes de noviembre de 1863, el Poder Legislativo no se podrá reunir. En una primera convocatoria para una sesión de la Cámara de Diputados respondieron solamente treinta y siete legisladores. Para la segunda serían sesenta y uno, y aún faltaba una cantidad importante para completar el quórum para la reunión. Fue entonces que se decidió que sería la diputación permanente la que entraría en funciones. Esto indica en qué forma la institucionalidad republicana iría encontrando problemas en todos sus ámbitos. No sólo fue el problema de negociar con los distintos factores de poder. Incluso los elementos más cercanos al poder fueron encontrando problemas para funcionar adecuadamente.

El Poder Judicial también tendría muchos problemas. Empezando porque desde muy pronto se encontró descabezado. Primero fue la ausencia física de Jesús González Ortega, pues había caído prisionero. Después se alejó voluntariamente pues decidió hacer a un lado la Suprema Corte de Justicia y luchar con las armas en la mano al ir a Zacatecas a comandar el ejército, además de trabajar para convertirse gradualmente en un elemento cuestionador de Benito Juárez y de su gobierno. Lo evidente es que el Poder Judicial ya no funcionaba adecuadamente. Surgió entonces la paradoja

de que la República trataba de defender la institucionalidad. Y la institucionalidad encontraba más dificultades para funcionar adecuadamente. Ya desde finales de 1863, es decir, a más de un año de que terminara el periodo constitucional para el cual fue electo, hay quienes ya solicitaban que Juárez renunciara a la Presidencia, y esto se convirtió también en un problema para el ejercicio del gobierno. Fue justamente la tenacidad de aquellos que luchaban lo que permitió reconstruir la institucionalidad republicana.

La cuarta conclusión es: la República errante no fue una salida fácil ante un problema vital. Fue la única alternativa posible para reencauzar los esfuerzos para mantener viva una institucionalidad y unos valores. Hablar de institucionalidad republicana no es sólo hablar de edificios, no es sólo hablar de equipos humanos que se unan y funcionen con una cierta racionalidad. Es, sobre todas las cosas, una serie de principios y valores que deben regir la convivencia de una sociedad. Justamente fueron los principios y los valores los que le dieron sentido a la institucionalidad, los que hicieron que ésta pudiera funcionar.

La itinerancia, ese ir de un lado a otro, fue una manera de reconstruir, de reencauzar, de mantener viva una institucionalidad y sus valores. No se trataba de unos valores que surgieran de la nada. Se trataba de valores que aún hoy seguimos considerando fundamentales en nuestra vida. Son valores que siguen vigentes para nosotros.

V

Existieron diversas tareas que el gobierno encabezado por Juárez tuvo que realizar. Una de ellas, muy importante, era llevar la representación institucional de la nación, dentro y fuera de México. En el primer caso, se trataba de hablar, negociar y encauzar a los distintos factores de poder dentro de la sociedad mexicana. En el segundo, fuera del país se hizo lo conducente.

El gobierno de Benito Juárez tuvo la capacidad y la visión de nombrar a un representante frente al gobierno norteamericano, Matías Romero, quien desempeñaría un papel muy importante como representante de la nación. En el caso de Europa fue Jesús Terán quien intentaría convencer a Maximiliano para que abandonara la aventura que emprendía. Llevó la voz de la nación mexicana ante el gobierno británico y buscó tejer alianzas, construir una red de ayuda, para poder enfrentar al poder dominante que era el Imperio de Napoleón III.

El esfuerzo del gobierno no sólo consistió en organizar la representación nacional. Buscó cumplir tareas todavía, si se puede, más prácticas. Una de ellas fue levantar las fuerzas militares. El ejército había sido destruido en Puebla en mayo de 1863. Se debieron construir nuevos ejércitos. Una base importante para ello fueron los grupos locales, comandados por líderes regionales que tenían capacidad de convocatoria y que podían levantar contingentes armados. Estos contingentes locales hicieron la lucha que caracterizó la mayor parte de la resistencia al llamado Imperio: la guerra de guerrillas. Este tipo de combate fue regulado por lineamientos y mecanismos establecidos, también, por el gobierno. De tal forma, se estructuraron líneas de mando, reglas de conducta y, sobre todo, formas de coordinar las acciones. Por eso fueron tan importantes en la defensa de la patria ante el invasor extranjero. Quienes estaban defendiendo así pelearon, y sus dirigentes tuvieron la visión de entender que el papel de esos núcleos resultaba muy importante en la lucha.

El ejército también fue reorganizado. Se crearon así cinco distintos cuerpos denominados ejércitos y establecidos en distintas regiones del país: el Ejército de Oriente, el Ejército del Centro, el Ejército de Occidente, etc. Para realizar esta tarea se necesitaron dos cosas fundamentales: dinero y armas. El gobierno encabezado por Juárez se dio a la tarea de conseguir los recursos y de construir mecanismos para obtener las armas que se pudieran entregar a los combatientes. Todos, absoluta-

mente todos los generales de los ejércitos solicitaban a Juárez armas y dinero, argumentando su imposibilidad de operar si no se les enviaban recursos y armas. La tarea del gobierno itinerante fue la de obtener los implementos fundamentales para llevar adelante la lucha y la defensa del país. La administración de los recursos fue sumamente austera pues se debieron canalizar al sostenimiento de la guerra. Al respecto, la correspondencia entre don Benito y Margarita Maza es clarísima al presentar las privaciones con las que viven ellos tanto en la itinerancia como en Estados Unidos, donde ella cumplió un papel simbólico ante el gobierno norteamericano. Esas cartas muestran de manera patente la privación que viven ella y sus hijos. Al señalar todo esto se habla de un gobierno que tenía muy claro cuáles eran sus prioridades en términos del ejercicio del presupuesto. Y que cumplió el papel de quien ejerce la autoridad: limar asperezas, construir consensos y generar mecanismos de acuerdo.

Durante el periodo se presentaron conflictos internos en diversas partes del territorio. Por ejemplo en Tamaulipas. Allí hay conflictos causados por distintos cabecillas que tienen una enorme fuerza y que reclaman para sí la administración de la región. Ese es un lugar significativo. Con la ocupación francesa de Veracruz, Tampico se convirtió en el puerto de entrada de las mercancías provenientes de Europa. Por lo tanto, es muy importante fuente de ingresos para quien controle la región. Además, el Río Bravo del norte, que en aquella época era navegable, se convirtió en un instrumento muy importante para el comercio en el sureste de Estados Unidos y que es relevante para el gobierno norteamericano. Para medir la importancia de la región, habría que señalar que uno de los problemas que tendrá Porfirio Díaz, ya como presidente de la República y al tratar de conseguir el apoyo del gobierno norteamericano, será eliminar lo que se llama la Zona libre, que estaba a lo largo del Río Bravo y que se había constituido durante la Intervención Francesa. Esto habla de que Tamau-

lipas era una zona con enormes posibilidades de riqueza y de administración de recursos y, ante tal situación, los cabecillas pelearon por su control. Juárez decidió enviar a un personaje entonces muy cercano a él, Manuel Ruiz, jurista oaxaqueño, para recuperar el control de la zona para el gobierno. Ruiz no tuvo éxito y los cabecillas continuaron sus querellas. Esos conflictos provocaron que, al momento en que las fuerzas republicanas estaban por tomar Matamoros, donde se encontraba refugiado el general conservador Tomás Mejía, los generales republicanos no se pusieran de acuerdo y permitieran que éste resultara, en términos prácticos, el triunfador de la lucha por Matamoros. Esto generó que el gobierno republicano enjuiciara a esos generales y buscara, de alguna manera, resarcir lo que había sucedido.

El gobierno republicano tuvo un papel fundamental en la construcción de acuerdos al interior de las regiones. Esto se reflejaba en su capacidad de nombrar a los gobernadores de los estados pues no había posibilidades de realizar elecciones en un momento tan conflictivo del país. Cuando los gobernadores expresaban o hacían evidente su incapacidad para controlar sus estados, el gobierno de la República tomaba cartas en el asunto. En este caso se puede mencionar, a manera de ejemplo, el nombramiento ya aludido de Ruiz o el de Ponciano Arriaga como gobernador de Aguascalientes. Estos eran esfuerzos por mantener la institucionalidad republicana.

Otro tipo de tareas se realizaban. Se debió crear y recrear cuerpos del ejército. De tal manera, el gobierno errante creará una nueva institucionalidad del Ejército mexicano. Fue en esos momentos cuando empezaron a surgir generales que tendrán un peso específico muy importante en la lucha, en el regreso a la institucionalidad republicana y durante el periodo porfiriano. En distintas partes del país se debieron generar los mecanismos institucionales para conducir el ejercicio de las armas, pero también para comprarlas. Esta tarea la tuvieron agentes en Los Ángeles y San Francisco.

Una tarea más fue el control de las aduanas, es decir de los ingresos para el gobierno. Uno de los serios problemas que tuvieron todos los gobiernos de carácter federal después de la Independencia fue su sostenimiento y el de todo el cuerpo institucional. Desde 1824, la principal fuente de ingresos para el gobierno fueron los impuestos sobre el comercio. Para ello, se debía tener mucho control sobre la gente que administraba esos recursos. Cuando se lograba el éxito, los beneficios eran percibidos inmediatamente. Por ejemplo, cuando finalmente Santiago Vidaurri optó por el bando imperial y, forzado por las circunstancias, marchó exiliado a Texas, el gobierno republicano logró tener el control de las aduanas interiores en Nuevo León. Pronto se tomó conciencia de lo productivas que éstas eran.

La quinta conclusión es: la tarea desarrollada por ese gobierno republicano que se movió de una a otra parte del país fue muy compleja. Tuvo que enfrentar enemigos, por supuesto externos; y quiero insistir en esta idea: el llamado Segundo Imperio, el Imperio de Maximiliano, es, sobre todas las cosas, el esfuerzo de Napoleón III por establecer un gobierno títere en un país que le resultaba muy importante en términos económicos y políticos. En lo interno, se verá que personajes como Jesús González Ortega se irán convirtiendo poco a poco en cuestionadores del ejercicio del poder de Juárez y eventualmente representarán elementos de ruptura. Cuando, en 1865, ésta aflora no se trata sólo de una pugna entre dos hombres que están luchando por una silla, es una lucha entre quienes defienden la necesidad de acatar unos principios y sostener los poderes que el Congreso ha delegado en la figura del presidente, y quienes buscan negociar una paz.

VI

Quienes vivieron esta etapa de la historia tuvieron que aprender en el camino. Se fueron haciendo a sí mismos a lo largo del conflicto, tanto administradores como militares. Recorde-

mos que el Ejército Republicano no era el ejército que legó la lucha por la independencia. Se trataba de un ejército nuevo, que surgió, fundamentalmente, del interés de la ciudadanía, del “pueblo” por defender lo propio. Los generales más recordados surgieron justamente de la lucha. Ellos no iniciaron su carrera, ni estudiaron en el Colegio Militar, ellos se formaron en la cotidianidad de la lucha.

También los representantes en el extranjero, como Jesús Terán y Matías Romero, tuvieron que aprender el oficio al negociar y dialogar con los cuerpos diplomáticos de las grandes potencias. Matías Romero quería luchar en defensa de la República junto a Porfirio Díaz en Oaxaca, su tierra natal. Juárez consideró que era preferible enviarlo a Washington. Los diplomáticos se fueron formando al tiempo que los acuerdos fundamentales en la construcción de la institucionalidad republicana se fueron revitalizando.

Para terminar baste traer a la mente dos juicios acerca de esta República errante. Uno de ellos, de Émile de Kératry, quien en su historia del llamado Imperio de Maximiliano, *Elección y caída del Emperador Maximiliano*, señala:

Lo que debió llamar ante todo la atención de un buen observador, fue que Juárez no había sido expulsado por la ocupación de la capital. El Jefe del Estado cedía el puesto por la fuerza pero sin compromiso, es decir sin haber ninguna negociación. En su retirada llevaba consigo el poder republicano sin dejarlo caer de sus manos. Estaba agobiado pero no abdicaba, tenía la tenacidad del hecho. Durante cinco años el secreto de la fuerza de inercia o de la resistencia del viejo indio fue retirase de pueblo en pueblo sin encontrar apostado en su camino un asesino ni un traidor.

Con ello, el francés habla del arraigo, de la fuerza popular que adquirió la figura de Juárez y la institucionalidad que él representó.

Por su parte, José María Iglesias insiste:

Escribimos la presente [historia], á 500 leguas de la antigua capital de la república; rodeados del desierto por todas partes... La escribimos errantes, casi proscritos, entre peligros y calamidades. Y la escribimos, sin embargo, con pulso sereno y conciencia tranquila porque no hemos perdido la fé en la causa que sostenemos; porque aun cuando se tratara de una causa desesperada, sería siempre el orgullo de los días que nos quedasen de vida, haberla defendido en los momentos supremos de su infortunio y de su extinción. ¡Dios la proteja! ¡Dios la salve!

Tenían muy claro que era una lucha terrible, pero que era una lucha que no podían dejar de dar.

Una sexta conclusión es que la República errante fue el resultado de poner en práctica una fe y un compromiso. No se puede entender esta hazaña si no se tiene en mente que aquellos que la hicieron estuvieron movidos por la fe y el compromiso con su causa. Esto hace que quienes vivieron esta hazaña, los que la sufrieron, la soñaron y construyeron su legado, parezcan gigantes. Estos seres humanos, estos hombres y mujeres que protagonizaron y sostuvieron la República errante, nos parecen gigantes porque lograron sustentar las bases de la construcción de una nación.

